

La Prensa pone el dedo en el pus: ¿cuánto le cuestan a la Argentina sus militares?

Si las fuerzas armadas argentinas hubieran podido encontrar el más mínimo antecedente sospechoso, la menor vinculación izquierdista, peronista o sociopolíticamente vulnerable como argumento propagandístico en contra de los editorialistas Manfred Schönfeld y Jesús Iglesias Rouco, del diario La Prensa de Buenos Aires, hace muchos meses que los hubieran convertido en informe papilla, o los hubieran puesto "a disposición del Poder Ejecutivo" (o sea arrestado sin cargo alguno y sin posibilidad de que algún juez civil interviniese en su favor), o simplemente los hubiesen "desaparecido" por la intermediación de alguno de sus comandos especializados. Y algún tiempo después, con rostro compungido, el general Roberto Viola habría explicado a algún corresponsal extranjero, que eran dos víctimas más de la "guerra sucia" que los militares nunca quisieron.

DOS MOSQUETEROS

Pero Schönfeld e Iglesias Rouco siempre pecaron de lo contrario: Schönfeld por convencido conservador, militante anticomunista y antiperonista, desde hace más de 25 años hombre de confianza de la dirección del periódico, corresponsal durante años de La Prensa en Londres al mismo tiempo que funcionario de los servicios informativos en español de la BBC de esa capital, nada en su vida personal, ni en su actividad profesional le convierte en "dudoso" o "cripto-algo-jodido". (1) Es más cuando a Jorge Luis Borges le asaltaron escrúpulos antibélicos en relación con la casi guerra con Chile a propósito de los islotos del Beagle, fue Schönfeld quien, sostenido por su conocida cultura enciclopédica, rompió lanzas en favor de la postura militar argentina y con citas puntuales demostró con cuánta frecuencia los escritos del autor de El Aleph ensalzaban el culto de la violencia, que ahora Borges rechazaba.

Con Iglesias Rouco ocurre lo mismo en cuanto a convicciones y militancia anticomunista y antiperonista, pero con mayores pruebas demostrativas. Durante casi diez años fue corresponsal de La Prensa en Madrid —donde regresó a Buenos Aires en la segunda mitad de 1966—, y desde allí gremio casi diario los entresijos y caballos vinculados con el general Juan D. Perón y su corte de Puerta de Hierro y el proyecto de su retorno a la Argentina. Con lo que escribió desde Madrid bien podrían editarse tres o cuatro volúmenes ilustrativos de aquel rico período de la historia argentina hoy casi olvidado, pero que nos atreveríamos a jurar que está adecuadamente registrado y archivado en los dossieres de los servicios de Inteligencia de las tres fuerzas armadas. Las recordamos como crónicas vivaces, muchas veces socarronas y "peligrosas" desde el punto de vista de lo que revelaban, y en la redacción de Buenos Aires supimos con cuánta frecuencia su autor y su familia eran objeto de amenazas telefónicas postales de personeros del "brujo" López Rega. También supimos que una denuncia de Iglesias Rouco ante la española por esa campaña de intimidación, fue seguida de una discreta advertencia oficial al "brujo": si "algo" llegaba a ocurrirle al corresponsal de La Prensa sobrevenirían "inevitables y molestas investigaciones dentro de la familia Perón y su servidumbre".

LA "GUERRA SUCIA"

Para quienes seguimos desde el exterior la peripecia argentina, no nos llamó demasiado la atención el que La Prensa y el Buenos Aires Herald, no obstante su tácito y hasta explícito apoyo a las políticas del régimen militar instaurado en marzo de 1976, se reservaran cuotas de independencia y autonomía para juzgar sus actuaciones y hasta discrepar públicamente de ellas o censurarlas frontalmente. Esa línea está en la tradición y en la historia de esos periódicos —ambos centenarios— y figura entre sus mejores galardones dentro de la prensa liberal de todo el mundo.

Con el régimen militar sobrevino al comienzo la censura: los textos de diarios y revistas debían pasar por el filtro de "asesores" castrenses antes de entrar en las rotativas. Pero el procedimiento, molesto, engorroso y hasta agravante para el orgullo de algunos directores, ocasionaba inevitables atrasos en la salida a la calle de la prensa diaria. Poco después, a raíz de la discreta protesta de la patronal de editores, el régimen de Videla resolvió delegar la responsabilidad del contenido de la prensa escrita (en la audiovisual la censura regia desde antes y se acentuó desde 1976) en los directores y editores mismos. Se consagraba así el sistema de la autocensura, una práctica en la que de todas maneras eran muchos periódicos como La Nación, Clarín y La Razón.

A los efectos de los decantados principios de la libertad de prensa, la autocensura resulta más grave y repugnante que la censura impuesta desde fuera. La prensa argentina, por obvias razones de supervivencia, debió allanarse a la compulsió y durante los primeros años del régimen de Videla éste pudo aplicar el proyecto económico-social de las fuerzas armadas al que se le puso el pomposo nombre de "Proceso de Reconstruc-

1) El uso de esta expresión vulgar por la que pedimos disculpas a los lectores, es frecuente, en la política argentina. Se refiere a la búsqueda o prefabricación de antecedentes "comunistas" en personas a quienes se desea liquidar.

ción Nacional". Una de sus columnas de apoyo lo constituyó el terrorismo de Estado, metódico, metódico, científico como el funcionamiento de una central nuclear. Se eliminó todo vestigio real, potencial o imaginario de disidencia contestaria, exterminando físicamente al "enemigo", o reduciéndole a prisión, o provocando su masivo exilio.

Las centrales nucleares, empero, registran fallas como cualquier otro producto humano, según lo demostró la de Three Miles, Island, en Pennsylvania. La operación de terror científico, nocturnal y silencioso a la que los propios militares argentinos le pusieron el nombre de "guerra sucia", se excedió gratuita e innecesariamente en sus objetivos y propósitos, llevando sus alcances y magnitudes a cifras aterradoras y nunca antes producidas en el país. Como la autocensura continuaba rigiendo sin que en momento alguno fuese menester siquiera una notificación oficial persuasiva, la prensa silenció o minimizó toda noticia relativa a arrestos, secuestros, muertes y "desapariciones" cuanto afectaban a los etiquetados como "subversivos"; pero destacaba y magnificaba todo acto de terrorismo individual de que fuese víctimas militares, policías, funcionarios del régimen y sus parientes.

PRIMERAS OBJECIONES

La única excepción notable que recordamos es la que se expresó en La Opinión cuando fueron secuestrados y asesinados los ex legisladores uruguayos Gutiérrez Ruiz y Michelini. Los comentarios —moderados y responsables— de La Opinión, justificados porque Michelini pertenecía a su personal de redacción, se contaron entre los agravios que los militares le cobraron a su director, Jacobo Timerman, cuando meses más tarde resolvieron su encarcelamiento.

Con el tiempo la "guerra sucia" de las fuerzas armadas llegó a su término —según lo anunciaron sus autorizados voceros— porque al parecer quedó agotado el "aparato subversivo". Por lo tanto, en razón de ese aniquilamiento y de la irrefutable victoria de que daban cuenta los discursos de los jefes de las tres fuerzas, las direcciones del Buenos Aires Herald y de La Prensa juzgaron que ya no eran necesarios los recaudos de la autocensura. Así se iniciaron tímidas observaciones en las páginas editoriales, sobre la necesidad de informar a las familias de los "desaparecidos" acerca de su paradero; sobre lo recomendable que sería, para acelerar el proceso de reconciliación nacional, poner a disposición de los jueces naturales a los detenidos políticos y gremiales sobre los que no pesara acusación o cargo alguno; y sobre lo aconsejable que resultaría retornar al cumplimiento de ciertos requisitos elementales en materia de procedimientos legales, entre éstos el de que los arrestos se efectuasen mediante órdenes de jueces competentes y que se diese cuenta de ellos en forma razonablemente pronta.

De allí se pasó a la reproducción de la información cablegráfica internacional que daba cuenta de qué se pensaba de la Argentina en el mundo entero, en relación con la violación de los derechos humanos y con los reclamos de las familias de millares de "desaparecidos". Luego, La Prensa se permitió la audacia total de publicar un "campo pagado de las Madres de Plaza de Mayo" en el que se pedía, siempre con mesura, al régimen, respuesta acerca del destino de sus familiares arrestados y/o "desaparecidos". Con la misma mesura, notas editoriales, sin firma como es norma tradicional, se expidieron en la misma dirección. Después, el editorialista —con firma— Manfred Schönfeld, comenzó a mencionar el tema en notas ocasionales y siempre con prudencia no estridente.

AMENAZAS Y EXILIO

No pasó mucho tiempo sin que en La Prensa se revelara que Schönfeld era objeto de amenazas contra él y su familia. Lo mismo ocurrió con el director del Buenos Aires Herald, Robert Cox, de origen inglés aunque desde muchos años antes afincado en la Argentina. Lo significativo, al margen de las amenazas y presiones, era que tanto La Prensa como el Herald respaldaban tácitamente al régimen militar. Mas aún, Cox era amigo personal del superministro José Alfredo Martínez de Hoz y respaldaba in toto su proyecto socioeconómico.

Cox denunció lo que ocurría a la Policía Federal, a su amigo Martínez de Hoz y a algunos funcionarios militares y civiles de su relación. Todos le prometieron "hacer algo", pero no por ello cesaron las amenazas. El tope aguantable llegó para Cox cuando uno de sus hijos, de 13 años de edad, le mostró una carta en la que las amenazas de muerte le llegaban a él. Cox reveló con todas las letras en el Herald lo que se le estaba haciendo, y anunció que se ausentaba del país, en uso de una licencia de un año como mínimo. En vista del escándalo internacional que se originó, Martínez de Hoz convenció a Cox para que entrevistara a Videla. Una plática "mano a mano" resolvería todo. Cox estuvo con Videla en la Casa Rosada, expuso sus culpas y manifestó al militar que se quedaría siempre que se le diesen garantías para él y su familia. Videla le respondió: "No puedo dárselas. Usted debe correr el mismo riesgo que corremos todos frente a la subversión". Cox le respondió que él no se sentía amenazado por "la subversión", sino por los comandos de las fuerzas de seguridad, como se desprende del espionaje permanente de que era objeto

junto con su familia. Por otra parte, agregó, no sabía de periodista alguno que tuviese la protección permanente de policías armados, como "Su Excelencia y los señores ministros", lo cual establecía una diferencia esencial en el "mismo riesgo" a que se refiere Su Excelencia". Videla estimó que esa respuesta era una insolencia. Dos días después Robert Cox dejaba la Argentina con toda su familia.

EL INTENDENTE CACCIATORE

El tema de la violación de los derechos humanos y sus concomitancias fue una de las bolas de nieve que iban a confirmar el alud posterior, rellenado por otras disidencias de La Prensa para con la conducción militar del país, que se expresaban tanto en sus editoriales sin firma, como en las crónicas firmadas, entre otros, por Schönfeld e Iglesias Rouco, que a su regreso de España



OTRO SARCASMO de LANDRÚ SOBRE LA GRAVE SITUACIÓN ECONÓMICA ARGENTINA. En Clarín, Buenos Aires, 14 de Junio de 1981.

y en muy pocas semanas, pasó a convertirse en elementalmente decente y patriótico —que llegó al comentarista estrella del conservador y centenario poder por vía revolucionaria (3) para iniciar "un proce-

Por un conjunto de circunstancias entre casuales y confluente, durante 1980 se entabló una acre polémica entre La Prensa y el intendente municipal de la ciudad de Buenos Aires, brigadier (retirado) Osvaldo A. Cacciatore, virtual imperator en la capital de la República Argentina en nombre de la Fuerza Aérea. Aquí cabe aclarar que a raíz del cuartelazo de 1976, el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea se distribuyeron cargos y funciones públicas entre sus oficiales en actividad o en retiro, a todos los niveles de la actividad gubernativa, díazque para mejor combatir su "guerra sucia". Las embajadas en el exterior, los ministerios, las secretarías de Estado, las gobernaciones de provincias, las intendencias municipales, todo el país en suma, fue repartido entre las tres fuerzas. A la aérea le tocó la lotería mayor: la intendencia de Buenos Aires, organismo de los pocos que manejan presupuestos astronómicos y en teoría no deficitarios, por lo mismo que la capital federal concentra el mayor núcleo poblacional del país.

Lo que hizo y deshizo el omnívoro Cacciatore con las finanzas porteñas en sus más de cinco años de prepotente actuación quizás sirva en el futuro para ejemplificar en libros —o enciclopedias— por qué a los militares argentinos les da recurrentemente el hábito de los cuartelazos y por qué mantienen la tan apetecible institución del estado de sitio por periodos indefinidos. Cacciatore se sirvió a sí mismo, a sus amigos y parientes, pero —y esto es fundamental para cualquier análisis— a la Fuerza Aérea, de la cual es feudo propio la Municipalidad capitalina.

LA SANGRIA DE LAS AUTOPISTAS

La construcción de la Autopista 25 de Mayo fue censurada como un dispendio faraónico desde distintos ángulos de la opinión pública; pero en voz baja y para no hacerse acreedores a las etiquetas vinculadas con la "guerra sucia", como un negociado mayúsculo del cual participaron empresas constructoras y/o proveedoras conexas con la Fuerza Aérea como institución, o con jefes de ella a título personal.

Son conocidos los incidentes que a ese respecto se registraron entre el escritor Ernesto Sábato, o el ex concejal socialista Héctor Polino, con el brigadier Cacciatore. Por esas y otras minucias La Prensa se vio envuelta en un proceloso debate con el iracundo aeronauta. Cuando Videla fue relevado por Viola, se supuso que también se iría Cacciatore. La Fuerza Aérea mantuvo a éste aferrado al fenomenal presupuesto de la Municipalidad. Las broncas continuaron y finalmente reventaron del todo cuando Cacciatore anunció que tres autopistas más proyectadas contra viento y marea, "no" iban a ser construidas, pero de todos modos volvieron aumentar desafortunadamente las cargas fiscales que viene soportando la sufriente población porteña.

La cancelación de ese proyecto dio a pie una penetrante serie de reflexiones por parte de Schönfeld.

(2) "La decisión de no construir tres autopistas —tomada por las autoridades municipales de esta capital— demuestra (suponiendo que hubiese aún necesidad de demostrarlo) hasta qué punto no sólo el municipio, sino el país en general, están gobernados veleidamente, sin la base de lineamientos orgánicos, sin un plan que, a su vez, corresponda a un fundamento ideológico y una visión de lo que es la realidad del país o, para el caso, del municipio. Lo cual equivale a decir que, en muchos casos, nos hallamos bajo la férula de personas improvisadas en el difícil arte de administrar la cosa pública, doblemente difícil en estos momentos endémicamente críticos.

"AMATEURS" y "DILETTANTI"

"Nuestros gobernantes se comportan —salvo honrosas excepciones— como "amateurs", como "dilettanti", bien que se hagan pagar —por los pobres servicios que prestan a la comunidad— honorarios de profesionales altamente calificados en su respectiva especialidad.

"No sólo llevan a sectores enteros de la Nación a la ruina —debido a su improvisación— sino que, encima, se hacen pagar por ello y no precisamente en módicos guarismos y debemos aguantarnos su suficiente arrogancia y la testarudez con que se aferran al poder, y a su convicción de creerse dueños de la verdad."

Más adelante, luego de otras consideraciones de parecido tono, Schönfeld observa que "por más que se apriete a la población para estrujar de ella más y más impuestos, llega el momento en que sólo la intervención milagrosa de la Divinidad permite extraer agua de las piedras, como sucedió con Moisés y los hijos de Israel en el desierto". Después, en la misma nota, el editorialista fugita las entretelas del decreto 411 aparecido en el Boletín Oficial referente a la reducción del gasto público, en la parte que señala que las misiones oficiales al exterior "sólo podrán realizarse previa autorización del Poder Ejecutivo" y se pregunta si antes de expedirse ese decreto —8 de abril de 1981— esos viajes se hacían sin ese requisito elemental. Además, como en estos momentos hay una misión comercial en Moscú compuesta de 11 funcionarios, se pregunta "¿No hay embajada argentina allí?", para acotar:

"Se nos ocurre que, bajo el imperio de un gobierno elementalmente decente y patriótico —que llegó al comentarista estrella del conservador y centenario poder por vía revolucionaria (3) para iniciar "un proce-

"Se nos ocurre que, bajo el imperio de un gobierno elementalmente decente y patriótico —que llegó al poder por vía revolucionaria (3) para iniciar "un proceso de reorganización nacional" y para erradicar, por ejemplo, entre otros males, la corrupción habría resultado totalmente superfluo semejante decreto, dictado cinco años después de iniciado el susodicho "proceso". ¿O es que hay disparidad conceptual acerca de lo que nosotros llamamos "decentia" y "patriotismo" y de lo que se entiende por ello en otros círculos del país?"

SOBRE LOS SUELDOS Y "HONORARIOS" MILITARES

El mismo día de publicada la nota de Schönfeld Iglesias Rouco respondía por columna aparte a expresiones de los funcionarios gubernativos, civiles en esta oportunidad, que habían tenido expresiones despectivas para con la prensa en general, imputándole —en el caso de uno de ellos— falta de "valores" e "ideales" y exceso de "noticias" alarmistas. Iglesias Rouco observó: (4)

"Hay, verdaderamente, pocas noticias sobre ideales, pero no por falta de noticias sino de ideales, en especial ahí, entre los responsables del destino y de los recursos públicos, esto es, entre quienes más deberían tenerlos. Cuando, por ejemplo, cinco o seis mil importantes funcionarios, civiles y militares, anuncian que ceden a la Nación uno de los dos, tres y cuatro sueldos u "honorarios" que están cobrando, o no utilicen los coches oficiales para ir de paseo, ni se acojan a los sistemas especiales de financiación para comprar sus casas; o —para salirnos del gobierno— cuando las corporaciones reclaman un cambio de sistemas económico en lugar de la "consolidación" o condonación de sus deudas, o por lo menos unas decenas de políticos y sindicalistas dejen de correr detrás de los militares para pedir puestos y canonjías y abandonen las que ya disfrutaban, entonces sí, en este país se va a producir un terremoto informativo, del todo ideal porque, entre otras cosas, habrá ya muy pocos que crean en lo que está ocurriendo. Pero no hay peligro: los expertos no prevén, por el momento, esa clase de sismos."

Al día siguiente comenzaron las primeras versiones de que la agencia oficial Télam, fuente concentradora de la asignación de la publicidad oficial, retiraba a La Prensa de su nómina. Se había tocado el tema tabú de los sueldos y "honorarios" de los militares.

2) Manfred Schönfeld, "Con honorarios de profesionales. Un país gobernado por "amateurs" y "dilettanti", en La Prensa, Buenos Aires, 12 de junio de 1981, p. 9.

3) Como en algunas otras cosas más ahora no vienen al caso, discrepamos con Schönfeld en la calificación de "revolucionaria" a la vía del golpe de Estado cuartelero que desde 1930 hasta hoy inficiona la vida política y social argentina y la ha reducido al triste y deplorable nivel que hoy se constata.

4) J. Iglesias Rouco, "Patriotismo y decentia", en La Prensa, Buenos Aires, 15 de junio de 1981, p. 1.